

Finalmente, los mismos que en el siglo XIII «desesperaron» de Aristóteles, después de haberle estudiado, tuvieron también la pasión de la ciencia, pero una pasión más esclarecida.

El más conocido de los precursores de la ciencia y del pensamiento moderno en el siglo XIII es Roger Bacon, inglés, de la orden de San Francisco. Aunque su biografía sea todavía incierta (1), se sabe que estuvo ligado en su juventud con muchos sabios de su nación que conocían las lenguas de Oriente y cultivaban las matemáticas. Hacia fines de la primera mitad del siglo vino a París, donde los vicios y la turbulencia de los clérigos le escandalizaron. Los grandes hombres de la Universidad eran entonces Alejandro de Hales y Alberto el Grande, que bien pronto iban a ser reemplazados por sus discípulos Juan de La Rochela y Tomás de Aquino. He aquí cómo les juzga Roger: «Todos los errores que infestan la ciencia vienen de los dos doctores. Cuando el primero (Alejandro de Hales) entró en la orden franciscana, era rico archidiacono y maestro en teología; edificó al mundo é hizo honor á sus cofrades, que le pusieron por las nubes. Llegaron á atribuirle aquella enorme *Suma*, con la que no hubiera podido cargar un caballo, que ni siquiera le pertenece y á la que apellidaron «la *Suma* de fray Alejandro.» Pero fray Alejandro no leyó nunca la filosofía natural ni la metafísica. Su *Suma* está llena de quimeras y de errores; su ejemplar se pudre ahora en la biblioteca de los frailes. Del segundo (Alberto el Grande) hago más caso que de los demás, porque es un hombre estudioso que ha visto mucho, observado y reunido hechos útiles; pero peca por la base: no conoce lenguas, ni perspectiva, ni ciencia experimental. No quiero hacerle injuria: la ignorancia no es un crimen. Pero todo lo que hay de útil en sus obras podría comprenderse en un tratado que fuese una veintava parte de los suyos.» Tomás de Aquino, el Ángel de las Escuelas, no sale mucho mejor parado de manos de este censor riguroso: «Lo que perjudica á la ciencia en estos tiempos, es que desde hace cuarenta años se ha visto sobresalir en la enseñanza gentes que nunca han aprendido nada. Tales Alberto y Tomás.» Y en otro sitio: «Todos los modernos, salvo algunas excepciones, desprecian las ciencias, y sobre todo esos teólogos nuevos, jefes de los menores y de los predicadores, que se consuelan de su ignorancia haciendo espectáculo de su vanidad á los ojos de una multitud imbecil.»

Estas virulentas críticas de los personajes más considerables, cuyo éxito naturalmente le ofuscaba, valió muchos enemigos y algunos admiradores, en vida y después de muerto, al que se las permitía. Renán ha dicho que Roger Bacon fué «el príncipe del pensamiento en la Edad media.» Los tomistas de nuestros días dicen que «un estudio comparado de la ciencia de Roger Bacon y la de sus contemporáneos reduciría en mucho los juicios optimistas que ha merecido, y volverá (la estimación de) el valor de sus ideas á una medida más justa.»

El hecho es que fray Roger, que despreciaba cruel-

(1) L. Stephen, *Dictionary of national biography*, II, 1885, pág. 374. Consúltese *English historical review*, 1898, pág. 151, y *Byzantinische Zeitschrift*, 1900, pág. 479. Trabajos en preparación.

mente á todo el mundo, salvo á algunos desconocidos de que hace elogios hiperbólicos, hace por sí mismo sonreír: sus aires gloriosos, su infatuación monstruosa, no le presentan como un espíritu sano. Por otra parte, ya hemos demostrado que en teología y metafísica pertenecía á la sección más vieja del partido agustiniano: lejos de afectar tendencias averroístas, como se ha creído, derrocó desdeñosamente, calificándola de absurda, una de las tesis principales del averroísmo parisiense. Como los acólitos de Esteban Tempier, confundía el aristotelismo moderado con el intransigente. Finalmente, está fuera de duda que cometió tonterías y que tal vez hubo en su tiempo gentes más instruidas que él. Pero todo esto no impide que fuera un gran espíritu, de un vigor y de una clarevidencia admirables.

Si Bacon daba poca importancia á los estudios aristotélicos, era, en primer lugar, porque desconfiaba del valor de las traducciones que servían de texto á los comentadores; en segundo lugar, porque no creía, como ellos, que toda la ciencia esté en los libros. «Habría sido mejor, dice, para los latinos, no haber conocido nunca á Aristóteles, que recibirlo de la tradición, desfigurado por la obscuridad y el error. Se ven gentes estudiándolo veinte ó treinta años de su vida, y cuanto más lo estudian menos lo saben.» Por otra parte, «es necesario respetar á los antiguos, pero fueron hombres como nosotros: se equivocaron más de una vez... El mismo Aristóteles hizo lo que era posible en su tiempo, pero no llegó al término de la sabiduría. Es un argumento miserable apoyarse en el uso y en la tradición.» A los peripatéticos serviles y á los independientes al modo de los dominicos, opone «el ejemplo de monseñor Roberto (*Grosseteste*), obispo de Lincoln, de santa memoria. Este desesperó de Aristóteles, buscó otro camino, recurrió á la experiencia, y sobre las mismas cuestiones de que trata el filósofo llegó á descubrir la verdad mejor que estudiándolo á través de traducciones detestables: testigos, los tratados del venerable obispo sobre el iris, las cometas y otros puntos. En cuanto á mí, si me fuera dado disponer de los libros de Aristóteles, los haría quemar, porque semejante estudio no puede hacer más que llevarse tiempo, engendrar error y propagar la ignorancia por encima de todo lo imaginable.» El método escolástico descansa sobre la autoridad y el razonamiento; á los ojos de Roger Bacon era completamente vicioso: «La autoridad se impone efectivamente á los espíritus y no los ilumina. En cuanto al razonamiento, no puede distinguirse el sofisma de la demostración más que verificando la conclusión; y existen mil prejuicios, mil errores arraigados, que descansan en la sola demostración: *in nuda demonstratione*. He aquí por qué se desconocen en nuestro tiempo los secretos de la sabiduría.»

¿Cuál es, pues, el verdadero método, según Bacon? El método experimental: «Existe una experiencia natural é imperfecta, que no tiene conciencia de su poder, que no se da cuenta de sus procedimientos: es la del vulgo, no la de los sabios. Por encima de ella está la experiencia, que penetra hasta la causa y la descubre por observación. Por encima de todas las ciencias y de las artes está la ciencia de hacer experimentos.» El *Opus majus* contiene una definición muy neta de las «prerrogativas» de la ciencia experimental: la *scientia*

experimentalis revisa las conclusiones de todas las otras ciencias; revela verdades que los raciocinios sobre principios jamás habrían dado á conocer; finalmente, abre la puerta á invenciones maravillosas que cambiarán la faz del mundo.

En París, Roger Bacon trabajó mucho. «Todos se extrañaban de que yo pudiera resistir el trabajo que me imponía.» Había encontrado en Francia un hombre, en comunión de ideas con él, de quien se hizo discípulo; le llama «el maestro Pedro de Maricourt» y «el maestro de los experimentos.» *dominus experimentorum* (1): es un solitario que conoce lo que valen las disputas de palabras, que desprecia las sutilidades del derecho, los sofismas charlatanescos de la filosofía y los aplausos del vulgo; este maestro estudia en el retiro y en el silencio el método experimental, la enciclopedia de las ciencias naturales, la física, la química, la medicina, etc.; mientras los otros se agitan en el crepúsculo, él ha osado mirar cara á cara la luz del sol; sabe de todo: lenguas, astronomía, matemáticas, artes aplicadas, metalurgia, agricultura, conducción de aguas; ha inventado armas nuevas; se ha dado cuenta de lo que hay en el fondo de las imposturas de los brujos y de los encantos de la magia. En comparación de este grande hombre, todos los doctores oficiales no eran, según fray Roger, más que «idiotas y asnos.»

Existían, pues, en París, en el siglo XIII, pequeños grupos de personas á quienes la gloria resplandeciente de los grandes doctores ortodoxos, autores de Sumas monumentales, sepultó después en la sombra. Juzgaban á los escolásticos como se les ha juzgado más tarde y por idénticas razones. «Débiles buscadores de la verdad,» dice severamente Pedro de Maricourt, hablando de sus más célebres contemporáneos. ¿Se ha denunciado jamás el estéril peripatetismo de la Edad media con argumentos más fuertes que los de Roger Bacon?

Las reflexiones y los sueños de estos oscuros positivistas fueron expuestos por Roger Bacon con un vigor estupendo, en una serie de libros compuestos á demanda del papa Clemente IV. Después de haber tomado en París su título de doctor, Roger había vuelto á Inglaterra. Se ignora la fecha en que ingresó en la orden franciscana, pero lo cierto es que hacia 1257 se vió obligado, por causas desconocidas, á volver á París, desterrado y sometido á una cierta vigilancia. Esta segunda estancia en París fué, para su carrera, de una relativa inacción; pero justamente fué por entonces cuando entró, no se sabe cómo, en relaciones con el canonista del Langüedoc Guido Foucoi, uno de los consejeros de Luis IX, cardenal-obispo de Sabina en 1261, que llegó al papado en 1265 con el nombre de Clemente IV. Guido, sabedor de que Roger había «compuesto una gran obra sobre los progresos y la reforma de la filosofía y de las ciencias,» le pidió que le hablara de ella. En 22 de junio de 1266 escribióle, bajo sello pontificio: «Queremos que, á pesar de toda ingerencia contraria ó de toda

(1) Pedro de Maricourt, del que se conservan algunos escritos, no es el único sabio del siglo XIII, llamado «maestro de los experimentos.» En su tratado *De natura rerum*, compuesto entre 1228 y 1244, Tomás de Cantimpré cita muchas veces á un sabio anónimo, contemporáneo suyo, á quien llama «el experimentador» (*experimentator*) y del que conoce una colección de observaciones naturales.

constitución de vuestra orden, nos enviéis con toda prisa la obra de que os hicimos demanda cuando éramos legado...» El embarazo de Roger igualó á su alegría, porque antes de ser monje no había escrito nada importante (nada más que tratados elementales, *propter juvenum rudimenta*), y desde su entrada en los franciscanos apenas si había redactado algunos opúsculos para los amigos. La obra que Clemente IV creía hecha, estaba todavía en su cabeza. Comenzó á redactarla entre las persecuciones «indecibles» de que le abrumaban sus superiores. Escribió en algunos meses el *Opus majus*, el *Opus minus* y el *Opus tertium*, boceto general de sus teorías, introducción al tratado completo (*Scriptum principale*) que pensaba componer más tarde. Pero Clemente IV murió en 1268. Roger consoló su desesperación en un nuevo libro, *Compendium studii philosophia*, en el que no se gana á nadie, ni á los falsos sabios, ni á los príncipes temporales, ni á los regulares, ni á los seculares, ni á la corte romana.

Sus protectores habían desaparecido: Roger pagó esta última audacia y todas las demás con catorce años de *in pace*. Pero en 1292, un nuevo general de los franciscanos, Raimundo *Gaufridi*, le devolvió la libertad. Volvió en seguida á tomar la pluma para escribir el *Compendium Theologiae*, y murió.

Los *Opus majus*, *Opus minus* y *Opus tertium* contienen un plan completo de restauración de estudios. Antes que todo, es preciso estudiar, como lo ha hecho el propio autor, la gramática, las «lenguas filosóficas» (griego, hebreo, árabe, caldeo); «los sabios del día, no sabiendo más que el latín, no poseen casi ninguno de los tesoros de la sabiduría:» vienen en seguida las matemáticas, puras y aplicadas: los teólogos nuevos «declaman contra las matemáticas,» pero «los físicos deben saber que su ciencia es impotente si no le aplican el poder de las matemáticas.» El autor ha intentado personalmente, después de haber estudiado la óptica, «constituir una ciencia con objeto de referir á principios generales todas las acciones recíprocas de las fuerzas naturales;» conoce matemáticos apreciables que están de acuerdo con él: maese Nicolás, maese Juan y maese Campano de Novara. La lógica elemental, la única que preocupa y de la que se hace tanto aprecio, no es una ciencia; sólo es científica su forma, pero es inútil aprenderla. Nunca, por el contrario, se exagerará bastante la importancia de la física; pero Aristóteles no trata más que de los principios de esta ciencia; es preciso unir á la física teórica las ciencias reales: perspectiva, meteorología, la ciencia de los cuerpos graves, la alquimia, la medicina, etc. La metafísica se reducirá á una metodología y á una filosofía general de las ciencias positivas. En cuanto al derecho, Roger Bacon es su enemigo: «¡Plegue á Dios que se ponga término á las sutilidades y á los artificios de los legistas! Entre las cosas que perjudican á la ciencia, el progreso del derecho civil es una de las principales.» Queda por averiguar si es posible esta revolución científica en el pensamiento y en la educación que proponen hombres ilustrados. Bacon cree que bastará con que un príncipe ó un papa lo quieran: «Yo mismo he trabajado en todas las ciencias de que hablo: sé cómo debo componérmelas; pero me detiene la falta de recursos...» También tenía, por lo visto, su *Ars major*, del que se ofrecía (como Raimundo Lulio)

á promulgar el secreto. Pero si estimaba en tanto su método al compararlo con el de los doctores de fama, no se cegaba sobre la importancia de los resultados adquiridos hasta entonces por su método. Era lo suficientemente ilustrado para proclamar que los límites de la «ciencia experimental» no se alcanzarían nunca: «Vivirá un hombre durante millares de siglos y no llegará jamás á la perfección de la ciencia. ¡Y hay doctores presuntuosos que creen acabada la filosofía!»

Sería interesante conocer á esos amigos de Roger Bacon y de Pedro de Maricourt que tuvieron en el siglo XIII la intuición del método experimental y que, en la medida de sus fuerzas, lo practicaron (1). Desgraciadamente, los filósofos de quienes dijo Felipe de Grève, canciller de Notre-Dame de París: «En nuestros días se habla mucho para no decir nada (*multa est loquacitas inanium quæstionum*)», atrajeron casi exclusivamente la atención de la posteridad, como la de sus contemporáneos. Hasta es difícil saber si las obras de los «sabios» del tiempo, de Roger Bacon han sido conservadas.

La literatura técnica (matemática, alquímica, geológica, medical, etc.) es ciertamente considerable en el siglo XIII. Pero no es del todo original, sin embargo. La primera parte del siglo fué, por excelencia, el tiempo de las sumas, de las enciclopedias, de los manuales de vulgarización, de que son modelo las grandes compilaciones de Alberto *el Grande* y de Vicente de Beauvais; pero apenas hay en estas obras huellas ni germen de una crítica superior, ni de un verdadero espíritu científico. La mayor parte de «preguntas» (*Quodlibeta*) sobre la física en las escuelas de la época de San Luis ó de Felipe *el Hermoso* eran triviales y poco serias. Sin embargo, no todo es pegadizo ó sin valor, en esta vasta literatura, todavía mal conocida. Los *bestiarium* del siglo XIII, hechos con el concurso de Aristóteles, son, á pesar de todo, superiores á los del siglo precedente en que todo son fábulas sacadas del *Physiologus* ó de Isidoro de Sevilla. El autor de la Suma alquímica, dicha del Seudo-Geber, era un espíritu claro. Parece que Arnaldo de Villanueva, el médico de los reyes de Aragón y Nápoles, de Benedicto XI y de Clemente V, uno de los más fecundos escritores de su tiempo, fué como el Seudo-Geber, del número de los «experimentadores», que aumentaron silenciosamente, en la edad de oro de la escolástica, el número de los conocimientos positivos (2).

De intento no hemos hablado hasta ahora, en este rápido estudio de las grandes corrientes intelectuales del siglo XIII, del misticismo franciscano. El movimiento franciscano fué, en efecto, más bien moral que intelectual, más italiano que francés (3). Sin embargo, es

(1) Adam de Marais (*de Marisco*), del que Roger Bacon hace grandes elogios, es conocido porque se poseen de él cerca de 250 cartas, y se sabe que gozó de gran crédito para con algunos príncipes; pero nada hay en su correspondencia que revele al reformador ni al hombre superior. Según sus cartas, Adam de Marais debe colocarse, más bien que entre los sabios, entre los místicos desolados de la escuela joaquinita.

(2) Noticia sobre Arnaldo de Villanueva en la *Histoire littéraire de la France*, XXVIII, pág. 26.

(3) Trabajos de los PP. Denifle y Ehrle en el *Archiv für Literatur und Kirchengeschichte des Mittelalters* desde 1885.—H. C. Lea, obra citada, tomo III; E. Gebhart, *L'Italie mystique*, 1893;

imposible pasarlo en silencio. También muchos de los amigos y de los émulos de Roger Bacon tomaron parte en él, algunos con ardor, como Arnaldo de Villanueva.

En todo tiempo ha habido almas delicadas, dolorosamente heridas por las groserías de los hombres y las injusticias de la vida. En todo tiempo ha habido gentes que, viendo la marcha del mundo, se han indignado de sus abusos en lugar de aprovecharse de ellos ó de resignarse; según su temperamento, unos se han refugiado en la esperanza de una sociedad futura en que reinaran el bien y la bondad, y otros han denunciado las violencias y las corrupciones de los poderosos, los compromisos y bajezas de la mayoría, con una exaltación que crece en proporción del odio y de las persecuciones que esta actitud les vale, naturalmente, desde que se les cree peligrosos para el orden de cosas establecido.

A fines del siglo XII y principios del XIII habían aparecido en Italia dos idealistas del tipo más elevado: Joaquín de Flora y Francisco de Asís. El abate Joaquín, herido por la «dureza» de los laicos, los «vicios y tráficcos» del clero secular y el «orgullo» de los doctores, había deducido de una teoría particular de la Trinidad la idea de que la historia de la humanidad se dividiría en tres edades ó «estados»: la edad del Padre, la edad del Hijo y la edad del Espíritu Santo; la edad del Espíritu Santo, en que «los humildes, los débiles y los pobres asistirían finalmente á la caída de los tiranos y de los verdugos» y al triunfo de los hombres, según el corazón de Joaquín (*spirituales viri*), debía comenzar á fines de la 42.^a generación después de Jesucristo, es decir, á razón de treinta años por generación, hacia el año 1260. Francisco, hijo de un patricio de Asís, de una sensibilidad exquisita, había celebrado desposorios con «dama Pobreza», que «desde Jesucristo era despreciada sobre la tierra», y predicó el amor, la piedad y la renunciación con acentos desconocidos.

En la orden fundada por Francisco y, según opinión muy entendida, proféticamente designada por Joaquín como la que había de preparar el advenimiento del Espíritu Santo, se produjeron, sobre todo en el siglo XIII, las efervescencias místicas.

Ya en vida de Francisco de Asís la orden franciscana se dividió entre los conventuales y los espirituales, es decir, entre los relajados que templaban el rigor de las enseñanzas del fundador por la consideración de los intereses materiales de la orden, y los partidarios de la estricta observancia, adheridos á la letra y al espíritu de la regla primitiva. Estos profesaron, desde un principio, la más viva simpatía por las especulaciones joaquinitas, que les satisfacían con el anuncio de una próxima y profunda transformación de la Iglesia. Durante los primeros años del reinado de Luis IX, algunos franciscanos del partido de los espirituales, originarios de Italia, dieron á conocer el joaquinismo en Francia. Fray Salimbene afirma que esta doctrina era conocida, desde 1248, aun de los franciscanos de Provens. En 1252 fray Gerardo de Borgo San Donnino publicó, en plena Universidad de París, una colección de

P. Fournier, *Joaquim de Flore, ses doctrines, son influence*, en la *Revue des questions historiques*, LXVII (1900), pág. 458; *Arte, scienza e fede ai giorni di Dante* (publicación de la «Società italiana dantesca»), 1901.

las principales obras de Joaquín, precedida de una introducción, bajo el título apocalíptico de *Introducción al Evangelio eterno*, con gran escándalo de los teólogos seculares, que se apoderaron de ella para acusar á toda la teología de los regulares, y con gran embarazo de la Santa Sede, protectora de las órdenes mendicantes. Por la misma época, Hugo de Digne, «uno de los más grandes clérigos del mundo», dice Salimbene, *spiritualis homo ultra modum*, y la beata Dulcelina, su hermana, terciaria de San Francisco, agitaban las poblaciones del Langüedoc y de la Provenza, hablándoles con ardiente elocuencia de los tiempos benditos que sucederían á la revolución del Espíritu Santo.

Era inevitable que la autoridad eclesiástica tratara de evitar la evolución del neo-cristianismo franciscano, de tendencias joaquinitas, aunque el abate Joaquín muriera en la comunión de la Iglesia y aunque Francisco de Asís y Antonio de Padua, los primeros franciscanos de la estricta observancia, hubieran sido canonizados. La Santa Sede intervino, en efecto, después del escándalo suscitado por la *Introducción al Evangelio eterno*. No solamente la publicación de fray Gerardo fué condenada por la comisión pontificia que de orden de Alejandro IV la examinó en 1255, sino que decidió por algún tiempo dicha comisión el triunfo de los conventuales sobre los espirituales: el general Juan de Parma, del partido de los espirituales, fué destituido. Por lo demás, estas primeras advertencias no bastaron, y fué preciso recurrir contra los obstinados, cuyo encarnizamiento creció, según costumbre y conforme aumentaban sus «tribulaciones», á medidas cada vez más eficaces.

El gran hombre del joaquinismo franciscano en la Francia del Mediodía, durante la segunda mitad del siglo XIII, fué un fraile del convento de Beziers, Pedro Juan *Oliví* (de Oliva), del que muchos escritos fueron censurados, á partir de 1278, por muchos jefes de la orden, del partido de los conventuales. Nada se sabe de su carácter, salvo que nunca llegó á desafiar personalmente la persecución; quemó por su mano uno de sus libros; protestó varias veces de su absoluta sumisión á la Santa Sede, y murió pacíficamente en el convento de Narbona, después de una edificante profesión de fe católica y romana en 1298. En cuanto á su doctrina, era la de Hugo de Digne: la exaltación de la pobreza perfecta; la espera de los «tiempos nuevos», que debían señalarse con el triunfo de los *spirituales viri* de Joaquín, es decir, de los franciscanos de la estricta observancia; la creencia en que el Espíritu destruiría la Iglesia carnal, como Cristo había destruído la Sinagoga. La principal diferencia entre Pedro Juan y los primeros joaquinitas fué que no precisó la fecha de la próxima revolución: el año 1260, designado por el abad de Flora, se había deslizado, efectivamente, sin incidente alguno, con gran desilusión por parte de los místicos.

Las ideas de Pedro Juan, muy poco nuevas y medianamente atrevidas, tuvieron, sin embargo, mucha boga después de su muerte; pasó por un santo; los espirituales más avanzados vieron en él un segundo San Francisco de Asís; una turba de laicos se nutrieron en sus escritos. En 1299 Arnaldo de Villanueva, gran admirador de Pedro Juan, estuvo en París, enviado á Felipe *el Hermoso* por Jaime II de Aragón; fué denunciado á

la oficialidad por los maestros en teología de la Universidad como «autor de un escrito en que figuran las profecías más espantosas para los fieles y más injurias para la Iglesia;» detenido, no fué puesto en libertad sino gracias á la intervención directa de Guillermo de Nogaret (1). El mismo año, el arzobispo de Narbona tuvo en Beziers un sínodo provincial en que fueron condenados los terciarios de ambos sexos que, «á cubierto de una orden respetable, se entregaban á prácticas no prescritas por la Iglesia y decían que el reinado del Anticristo, precursor de un mundo podrido y de una regeneración ulterior, había comenzado ya.» Parece cierto que estas pobres gentes se consolaban de sus miserias maldiciendo de la Iglesia establecida, identificada con la Babilonia impura, la prostituída del Apocalipsis, perseguidora de los humildes; había entre ellos desequilibrados que creían en Pedro Juan como en Cristo y que se imaginaban imitarle predicando la abolición inmediata de todas las jerarquías. Estos desdichados idealistas, de una simplicidad y de una pureza de costumbres irreprochables, no estaban cubiertos, como Arnaldo, con la inmunidad diplomática; casi no estaban protegidos más que de su absoluta pobreza voluntaria y de la indiferencia de las autoridades. En tanto que los espirituales moderados ejercieron cierta influencia en los consejos de la orden franciscana, estuvieron hasta cierto punto protegidos contra el furor de los conventuales; hacia fines del siglo XIII muchos generales les fueron simpáticos, como aquel Raimundo *Gaufridi*, protector de Roger Bacon, de Pedro Juan y de los primeros sectarios italianos de Pedro Juan. Por otra parte, los papas persistieron mucho tiempo, á ejemplo de Alejandro IV, en usar para con los espirituales de una rara indulgencia; Nicolás III en 1279, Clemente V en 1311, confirmaron hasta cierto punto la interpretación de la regla de San Francisco de Asís por los partidarios de la estricta observancia.

Pero estos buenos tratos terminaron con el advenimiento de Miguel de Cesena (1314) y del papa Juan XXII. Los franciscanos de los conventos de Beziers y de Narbona, espiritualistas que se obstinaban en vestir hábitos y capuchas de una tela especial por horror á los conventuales, y por amor á la pobreza en no hacer construir graneros ni bodegas, comparecieron entonces, ya lo hemos visto, en la corte de Aviñón, conducidos por Bernardo Delicieux. Ya sabemos cómo fué tratado Bernardo (2). Sus compañeros fueron entregados á la inquisición franciscana (conventual) de Marsella. Cuatro que persistieron de entre ellos fueron quemados el 7 de mayo de 1318. Pero bien pronto se echó de ver que toda la región provenzal y del Langüedoc, de donde los cataros habían sido eliminados con tanta pena, estaba ahora infestada de simpatías por la causa de los cuatro mártires de Marsella. El Santo Oficio fué llamado á intervenir con energía contra estos anarquistas y puritanos, cuya negación á la obediencia y cuyas declamaciones sobre la gran prostituída, «ebria de delicias y ahita de sangre de santos,» amenazaban á la Iglesia más directamente que cualquiera herejía. Muchos centenares de individuos, hombres y mujeres, monjes y

(1) Nogaret se acordó más tarde de este incidente. Véase más arriba, pág. 261.

(2) Véase anteriormente, pág. 283.